

LA TECNOCRACIA (*)

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

1. Al repasar las dos ediciones en castellano de nuestro libro "IDEOLOGÍA, PRAXIS Y MITO DE LA TECNOCRACIA" (1), releída su definición así como aquellas características que, según habíamos estimado (2), esbozaban mejor sus objetivos y delineaban los contornos de su *praxis*, hemos meditado un buen espacio de tiempo, después de cerrar y de volver a abrir el libro varias veces.

¿Cuál de los datos de su definición y cuáles de sus características, que entonces enumeramos son realmente las esenciales de la tecnocracia y cuáles son, o han sido, simples y ocasionales consecuencias adjetivas, dimanantes del ámbito socioeconómico o de las circunstancias políticas en que se desarrolla su actuación específica?

En un intento de abarcar las diferentes actuaciones apreciadas como tecnocráticas, en los diversos ámbitos en que ha sido identificada la actitud de grupo de hombres definidos como *tecnócratas*, aun sin afán exhaustivo, podemos situarlas en contextos tan dispares como son los siguientes:

(*) Conferencia desarrollada el 18 de marzo de 1977, en la Plurifacultad de Guarulhos, Sao Paulo, ante los profesores y cerca de mil quinientos alumnos, con ocasión de la presentación del libro del autor, O PERIGO DA DESUMANIZAÇÃO ATRAVES DO PREDOMINIO DA TECNOCRACIA (edición tomada de la 2.ª en castellano, de IDEOLOGIA, PRAXIS Y MITO DE LA TECNOCRACIA), editado por Mundo Cultural Ltda., Sao Paulo (Brasil) 1977.

(1) «Ideología, praxis y mito de la Tecnocracia», ed. Madrid, Escelicer, 1971, 160 págs., y 3.ª ed. (2.ª en castellano), Madrid, Montecorvo 1975, 336 págs.

(2) «Ideología...», 3ª ed., I parte, II sec., cap. único, págs. 49 y sigs.

— en las grandes *Holdings*, o grupos de empresas en U. S. A., donde ya los detectó Burnham (3);

— en la República francesa, en la cual algunos de sus elementos más conspicuos —Pierre Massé (4) Bloch-Lainé (5), Armand y Drancourt (6)— fueron definidos como tecnócratas;

— en el socialismo sueco, donde la acción manipuladora de una administración centralizada permite a la burocracia, que aplica implacablemente una tecnología eficazmente explotada, planificar y dominar no sólo la distribución de las rentas sino también las conciencias de sus consumidores, tal como ha sido puesto en evidencia por el periodista inglés Roland Huntford (7);

— en la España de Franco, durante el periodo de las máximas realizaciones materiales (8) —aunque en todo tiempo el aparato director se orientó preferentemente en ese sentido (9)—, apoyándose en un

(3) James Burnham, «La revolución de los directores», cfr. ed. en castellano, Buenos Aires, Huemul 1962, en especial cap. VII, págs. 95 y sigs.

(4) Pierre Massé, «El plan o el antiazar», cfr. vers. en castellano, Barcelona, Nueva colección Labor, 1966.

(5) François Bloch-Laine, «Pour une réforme de l'entreprise», París, Ed. du Sutil, 1963.

(6) Louis Armand y Michel Drancourt, «Plaidoyer pour l'avenir», París, Calmen Levi, 1961; y Michel Drancourt, con prólogo de Louis Armand, «Les clés du pouvoir», París, Fayard 1964.

(7) Roland Huntford, «Le nouveau totalitarisme Le paradis souedois», ed. en francés, París, Fayard, 1975, cap. III, «La terre promise des planificateurs», págs. 35 y sigs., y cap. XV, «Le meilleur des mondes», pág. 250.

(8) Cfr. el prólogo de Laureano López Rodó al cit. Libro de Pierre Massé, págs. 5 y sigs.

(9) Cfr. el importante libro de José Ignacio Escobar, Marqués de Valdeiglesias, «Así empezó», indispensable para valorar desde su raíz, en todo su desarrollo, el régimen franquista con su activo y su pasivo, con sus realizaciones materiales y sus abandonos en el ámbito de los principios y de nuestra tradición. En el capítulo final de su segunda edición (Madrid, G. del Toro, 1975, págs. 331 y sigs.), advierte Valdeiglesias: «Nuestro Estado nacional-sindicalista ha sido, sobre todo un Estado pragmático, mucho más preocupado por las realizaciones concretas que por las especulaciones doctrinales» ... «La decisión de construir un Estado de obras, como justamente lo ha calificado uno de sus más ilustres panegiristas, ha constituido, sin duda, su fuerza a corto plazo, aunque pueda ser su debilidad en uno más largo

ejecutivo fuerte y unas Cortes que nunca fueron realmente orgánicas, sino dominadas por la administración del Estado;

— en algunos países socialistas, al otro lado del telón de acero, donde Marc Paillet (10) ha detectado una dialéctica entre la burocracia estatal, o del Partido, y la nueva tecnocracia, y augura que se llegará a una síntesis de ambas en una futura tecnoburocracia dominante.

¿Qué hay de común en la ideología, en los métodos y modos de actuar, en los objetivos e, incluso, en las utopías de unos hombres que se han movido en regímenes políticos tan distantes y situados en unos contextos tan dispares?

2. Al plantear la *ideología tecnocrática* (11), junto al ladillo *Tecnocracia y socialismo: sus coincidencias y sus diferencias*, no vacilamos en escribir que ella;

“... supone una *concepción ideológica del mundo que admite su mecanización dirigida centralmente por unos cerebros capaces de ordenarla e impulsarla del modo más perfecto.*”

“En esto la tecnocracia y el socialismo coinciden.

“El hombre, que clásicamente había sido considerado como *animal político* —no sólo como animal racional, fundamentalmente por su *instinto comunitario*—, pasó a ser contemplado en el siglo de las luces como individuo —en una atomización social resuelta por el mítico *contrato social*— y ha sido enfocado como un *individuo calculador*. Bajo esta perspectiva, el racionalismo ha tratado de sustituir el *orden natural* por un *orden racional*.

“En esa dirección, la tecnocracia —como del socialismo ha explicado Claude Harmel (12)— trata, en mayor o menor grado, de sustituir el orden natural —el del jardinero— por un orden artifi-

en el que acaben de imponerse aquellas ideas dejadas navegar por su cuenta...»

(10) Marc Paillet, «Marx contre Marx. La société technoburocratique», París, Danoel, 1971, cap. IV, págs. 85 y sigs.

(11) Cfr. «Ideología...», 3.ª ed., II parte, II sec, cap I, págs. 76 y sigs.

(12) Claude Harmel, «Les fondaments intellectuels du socialisme», en *Itinéraires* 169, enero 1973, pág. 207.

cial, sustituyendo la pradera de hierba viva por una imitación suya, pero de materia plástica, eternamente verde.

"Ello requiere, para el logro de la pretensión de *pasar del reino de la necesidad al de la libertad*, que se imponga la razón, para lo cual crea, paradójicamente, la *necesidad* de concretarla finalmente "en la razón de Estado, la voluntad del poder, expresión de la voluntad general". A ello corresponde la definición del socialismo dada por Durkheim (13): "*Se llama socialista toda doctrina que exige la concentración de todas las funciones económicas o de algunas de ellas, que actualmente se hallan difusas, en los centros directores y conscientes de la sociedad*".

"La diferencia entre socialismo y tecnocracia se halla:

"— en el fin preponderante, que en el socialismo es la utópica sociedad sin clases, regida por una igualdad adecuada según las diferentes necesidades, y que en la tecnocracia es el incremento de la producción y del nivel general de vida;

"— y en los medios predeterminantes, que en el socialismo se centran en la estatificación de los medios de producción, y en la tecnocracia en la planificación centralizada de la economía y la redistribución de las rentas por el impuesto para que así aumente el nivel del consumo; es decir, el intervencionismo en una producción capitalista y la socialización del consumo."

Sin embargo, ahora, con tres años más de perspectiva, al releer estas diferencias, se nos ha acentuado la duda de si en ellas podemos hallar la fórmula que nos sirva para definir la tecnocracia, diferenciándola del socialismo, o si aquéllas, simplemente, tan sólo distinguen dos tipos de acción tecnocrática *determinados por los diferentes regímenes políticos en que los respectivos tecnócratas se han movido*, o tal vez, también, *consecuentes del diferente nivel alcanzado en el dominio de las técnicas de manipulación* consideradas en su momento más eficazmente oportunas y adecuadas.

3. Hemos dicho que la tecnocracia presupone una *concepción ideológica* que admite la *mecanización social*, que estima debe ser

(13) Durkheim. cit por Harmel, loc. cit, pág. 206.

dirigida centralmente por unos cerebros capaces de ordenarla e impulsarla *del modo más perfecto*.

La definición de esta perspectiva ideológica, puede teñirse de muy diversas coloraciones ideológico-políticas; pero tiene como básico un *ideologismo racionalista cuantificador y operativo*.

La racionalización es, pues, el dato común, la característica fundamental, base de la operativa que trata de relizar mediante las técnicas más progresivas.

Y esta operatividad técnica constituye también otro dato común.

En cambio, tal vez no sea una característica común otra que durante mucho tiempo le ha sido atribuida: la realización del *desarrollo*, impulsándolo hacia el progreso indefinido, constituido en mito. A partir de hace unos cinco años, parece que ese carácter es meramente adjetivo, que sólo se asume durante periodos de eufórico bienestar, optimismo y mística fe en el progreso, contemplado como inevitablemente unido a una evolución ineluctable.

En efecto, en 1972, el *Club de Roma* publicó su libro "*Halte a la croissance*" (14), que en su segunda parte recoge el llamado *Raport Meadows*, "*The Limite de Growth*", realizado por el grupo de Estudio de Dinámica de los Sistemas del *Massachussetts Institute of Technology* (15). En la presentación de este estudio, el Club de Roma observa: "Percibimos que cada paso hacia adelante de nuestra sociedad tecnológica hace al hombre más débil y al mismo tiempo más poderoso, cada nueva conquista sobre la naturaleza se muestra también como un poder sobre el hombre" ... "La tecnología ha aumentado y extendido grandemente al poder material del hombre,

(14) Club de Roma, «Halte a la croissance», París, Fayard, 1972, cfr., también «La nuova soglia», Apéndice de «Verso un equilibrio mondiale», citado en la nota siguiente.

(15) Dennis L. Meadow, J. W. Forrester, Jeorgen Randers, Alison A. Anderson, Jaq. M. Anderson, Willian, W. Behrens III, Roger F. Naill, Steven B. Shantzis, «Verso un equilibrio globale», Milan Arnaldo Mondadori Ed. 1973; cfr. también en la 2.ª parte del cit. libro del Club de Roma, Donella H. y Dennis L. Meadow, Georgens Randers y William W. Behrens; «Rapport sur les limites de la croissance».

pero nada parece haber contribuido a mejorar su lógica y su prudencia”.

Las conclusiones de conjunto del *Rapport* plantean este dilema:

— o bien la humanidad renuncia antes de diez años a *toda forma de expansión industrial y demográfica* (causantes, en un próximo futuro, conforme los cálculos hechos por el ordenador, de la polución, la desnutrición y especialmente del agotamiento de los recursos naturales),

— o bien deberá sufrir, en breve período, que todo el “ecosistema” se derrumbe en la asfixia, el hambre y la miseria generalizada.

En la hipótesis más favorable, según los autores del informe, nos quedan solamente veinte o treinta años para reaccionar, o bien para desaparecer para siempre de la superficie de la tierra.

Sincrónicamente, Sicco Mansholt (16) advertía que la comprobación científica de la polución, del emponzoñamiento de la atmósfera, de la degradación del ambiente natural y del agotamiento progresivo de los recursos geológicos, debe transformarse en una doctrina política. Por ello, estimó indispensable tomar la decisión de proclamar que el volumen de bienes materiales puestos a disposición de cada uno debe disminuir en vez de aumentar en el futuro, y que el libre uso de estos bienes debería quedar limitado.

Pero tanto en el Club de Roma, a la zaga del *Informe Meadows*, y, con parecido criterio, Sicco Mansholt, en la carta que dirigió el 9 de febrero de 1972 al Presidente de la Comisión de las Comunidades europeas, han proclamado la detención del crecimiento *mediante una planificación rigurosa, para la reducción del consumo de bienes materiales*.

La propuesta del Club de Roma ha sido contemplada con alarma. Como ha dicho Hugues Kéraly (17), “*esta estrategia a escala mundial*”, que preconiza el Club de Roma, constituye en el mundo de hoy algo más de lo que podría denominarse una solución técnica.

(16) Cfr. Fernando Ricardi, «Las generosas utopías de Sicco Mansholt», en *Mundo Económico*, abril 1972.

(17) Hugues Kéraly, «Le progres en question», en *Itinéraires* 167, noviembre 1972, págs. 47 y sigs.

Es "una toma de posición y un principio de acción *políticos*, apenas disimulados. Quien dice *plan único* presupone *partido único*, y, por consiguiente, *socialización* sistemática y universal de toda la superficie del globo o, si se prefiere, totalitarismo absoluto".

Y Ferdinando Ricardi (18), comentando la carta de Sicco Mansholt, estima que el recurso de una *planificación rigurosa*, por éste propuesto, "tendría como efecto *centralizar poderes inmensos en las manos burócratas y planificadoras, reduciendo el estímulo individual y la creatividad personal...*"

Es de destacar que del mismo modo que, hace unos años, era invocada por doquier la necesidad de planificar el desarrollo económico y social, ahora al exponerse la pretendida precisión de conseguir un equilibrio global, reducir el consumo y terminar con el despilfarro de los recursos naturales, también se aboga por una socialización tecnocrática presentándola asimismo como inevitable.

Es un hecho que tanto el *desarrollo*, que los actuales tecnócratas impulsan y que los ecólogos nos dicen nos arrastrará a *Scylla*, como la *reducción del consumo*, preconizada por éstos y que según aquéllos hará chocar con *Caribdis*, sus respectivos preconizadores nos lo quieren imponer inapelablemente, y también pretenden, unos y otros, centralizar su realización. Y es seguro que si un día se llega a la general convicción de que las advertencias de los ecólogos son ciertas, los planes de desarrollo serán sustituidos por planes de distribución de la penuria y su "racionalización" será impuesta totalitariamente a escala estatal, si no pudieran hacerlo a medida mundial, resolviendo según el *criterio de unas pocas mentes* esta grave operación.

4. Creemos que una vez separado aquello que ha sido, que es, o que puede ser ocasional en los diferentes tipos de tecnocracia observados, aún hallamos reafirmados en todos unas características comunes y que pueden servirnos para trazar las únicas líneas que resultan esenciales a su concepto, a saber:

— Una concepción ideológica *cientifista* del mundo, que considera

(18) F. Ricardi, loc. cit.

la ciencia con la función práctica de construir el mundo y así hace de ella un *absoluto*, al menos prácticamente.

— Una concepción *totalitaria*, en el sentido de que sean asumidas todas las actividades de la sociedad, ya sea por el Estado, ya por alguna organización multinacional, sinárquica, o bien por un super-gobierno mundial.

— Una concepción *operativa*, que usa de los mejores adelantos técnicos para ordenar —*planificar*— *centralmente*, desde arriba, el mayor bienestar posible, ya sea impulsando el desarrollo y el consumo, o bien frenándolo y planificando los nacimientos, distribuyendo la riqueza y las rentas, el bienestar o la escasez, la cultura y las informaciones de masa.

Se trata de construir "*un vasto y complejo mecanismo utilitario*", que sea capaz *centralmente*:

— de *racionalizar* el mundo *cuantificándolo*, y

— de *operar técnicamente* la racionalización predeterminada.

He ahí el anverso de la figura. Pero, para contemplarla completamente, debemos observar también su reverso, es decir, aquello que la concepción tecnocrática excluye, expresa o tácitamente.

Nada mejor para mostrarlo brevemente que observar como: *racionalidad* y *operatividad* están entre sí articuladas, por el hecho de que aquella equivale a *funcionalidad* dirigida a la *utilidad*.

Nuestro inolvidable maestro el Prof. Sciacca (19) habría iluminado ese inmenso vacío que deja la concepción de la "*racionalidad*" entendida según el modelo de la ciencia y elevada a principio absoluto, y de la "*racionalización*" extendida, según ese modelo, "a todo lo real humano y natural":

"Exiliada la búsqueda de la verdad o reducida ésta a la "*utilidad*", racionalidad significa ahora "*funcionalidad*" siempre más perfeccionada, de ahí la adecuación de "*racional*" y de "*funcional*": es decir, lo que es racional es funcional y lo que es funcional es racional.

(19) Michele Federico Sciacca, «La ragione impazzita», en *Il Tempo* de Roma del 24 marzo 1971, recopilado en «Il magnifico oggi» Roma, cap. VI, Città Nuova Edictrice, 1976, págs. 39 y sigs.

Lo demás —el ser o la verdad de lo creado— no cuenta, no tiene valor.”

Pero, ¿qué ocurre a la razón cuando le falta la verdad? Sciacca sigue exponiendo que “se convierte necesariamente en enemiga de la naturaleza o del ser de las cosas y del hombre y se hace promotora de la barbarie, *«incivilidad»* destructora de lo que es verdaderamente *«civil.»* La razón en sí misma (...) no es luz si no está iluminada por la verdad” ... “Cuando lo racional, entendido como medida y peso de cantidad calculable, es aplicado incluso a la vida estética, moral y religiosa, obtura o expulsa la fantasía, los sentimientos, la fe, adormece todo ímpetu o empeño, seca el amor y hace a los hombres mezquinamente egoístas, perdidamente empeñados en medir y pesar su propia utilidad para una siempre mediocre *«felicidad»* ...”

Así, “la razón entendida sólo como funcionalidad operativa, transformadora y organizatriz rigurosa de la realidad natural y humana, acrecienta enormemente los *medios de vivir*, pero se acaba en sí misma, pues quita al hombre *cualquier razón para existir*. Este *status innaturalde* que sufre sobre todo el hombre de los países que se llaman *«desarrollados»*, es propiamente el estado de *«desesperación»* ... “Esto confirma que el hombre, además de las cosas que le sirven y a fin de que éstas le sean realmente útiles, precisa irrenunciable y necesariamente de una verdad a la que servir y para la cual valen los medios y tiene valor la vida”.

Por otra parte, “la razón funcionalizada y calculadora, reducida a lo científico y técnico hace perder las *«diferencias»*, y el matiz (la *finesse*) y con esto se hace *«indiferente»*” y llega al absurdo; siendo así que la naturaleza física y la humana “son lo opuesto a la indiferencia”, “incluso lo opuesto a la igualación de todo bajo todos los aspectos y a la extinción de la variedad en la uniformidad, es decir, de aquello a lo que tiende la razón científica y técnica”.

“La racionalidad pura se hace abstracta, funcional, inhumana”; en cambio, “lo razonable contempla a los hombres de carne y hueso, concretos humanos, personalmente *«antojadizos»* y no anónimamente *«formales»* ...”

5. Hemos visto el anverso y el reverso negativo que presenta

la racionalización funcional, cientifista y operativa. Pero debemos profundizar algo más en la concepción de lo racional "*como medida y peso de cantidad calculable*", según la proposición que ya había formulado Kant, "que en cualquier teoría sobre la Naturaleza tanto se encuentra la verdadera ciencia, cuanto en ella se encuentra la Matemática".

No vamos a repetir lo que ya dijimos hace tiempo acerca de los límites de la posible matematización del universo (20), refiriendo los obstáculos impenetrables de la matematización, expuestos por Gerhard Frey (21) y las dificultades que, según las explicaciones de Worswick (22), la econometría no ha podido superar. Pero sí queremos insistir en la pretensión tecnocrática de cuantificar el orden social, el desarrollo y la justicia.

"La bondad del Estado se mide por su capacidad para realizar el orden, la justicia y el desarrollo", nos ha explicado con claridad el autor del discurso: DEL ESTADO IDEAL AL ESTADO DE RAZÓN (23), quien lo razona así: "El orden social es un dato tan estadísticamente mensurable como sus contrarios los desórdenes". "... El desarrollo es una dimensión tan cualificable, que únicamente reducido a cifras se expresa con un mínimo de precisión" ... "Y, finalmente, la justicia distributiva es mensurable matemáticamente, no sólo en su vertiente material, que es la de la efectiva renta por habitante en relación con la cuota teórica, sino en su vertiente más íntima, como es la de las libertades básicas y las opciones educativas, profesionales, judiciales, etc... El grado de cumplimiento de las tres condiciones de la finalidad estatal es una realidad experimentable y medible, como la densidad o cualquier otra dimensión física, lo cual no sig-

(20) Cfr. «Ideología, praxis y mito de...», I parte, II sec., cap. III, págs. 94 y sigs.

(21) Gerhard Frey, «La matematización del universo», Madrid, G. del Toro Ed., 1972, cap. 5, págs. 115 y sigs.

(22) David Worswick, «¿Progreso de la ciencia económica?», en *Mercurio*, Roma, diciembre 1972.

(23) Gonzalo Fernández de la Mora, «Del Estado ideal al Estado de razón», V. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1972, pág. 90.

nifica que no suscite problemas técnicos de verificación, como acontece incluso con los objetos de la química”.

Pero esa mensuralidad del *orden social* tan sólo podríamos admitirla si el orden se redujera a ser algo exterior susceptible de expresión estadística. Sin embargo, el orden y el desorden son algo más profundo y trascendente que sus manifestaciones exteriores producidas en un periodo de tiempo dado. Por eso, ha escrito Ripert (24): “No obstante la célebre frase del filósofo, no puedo preferir una injusticia a un desorden, pues la injusticia es también un desorden, intelectual y moral, frecuentemente peor que el otro. Cuando el poder político se manifiesta por leyes que no son ya expresión del derecho, la sociedad está en peligro.” Se trata de algo cualitativo, que cuantitativamente puede parecer más pequeño que un grano de mostaza; pero de su germinación puedan derivarse consecuencias inmensas. Ignoramos cómo podría cuantificarse ese germen, para restar el resultado de esa operación de la estadística triunfalista del orden aparente.

La mensurabilidad estadística del *desarrollo*, al menos para la propaganda política, es un hecho evidente. Pero esta cuantificación, ¿puede satisfacer a un científico o, al menos, a un político en la plena extensión de la palabra, es decir, con perspectiva de largo alcance? Si el desarrollo comporta a la vez destrucción, si la industrialización conlleva contaminación, si el bienestar en aumento está unido a un incremento de la inmoralidad, si el logro de un equipo de *supermanes* de la técnica deja tras sí la escoria de miles de inadaptados, *hippies*, de maleantes, drogadictos y desequilibrados, aunque la estadística refleje su número, ¿cómo se miden sus consecuencias para el futuro? ¿Cómo se valora lo que cualitativamente se logra y gana en relación con lo que cualitativamente se pierde o se imposibilita?

¿Cómo se valora lo que destruye la inflación que, a la vez, facilita el desarrollo medido por la estadística? Salleron (25) ha escrito,

(24) Georges Ripert, «La déclin du droit», Préface, París, libr. Gral. de Droit et Jurispr. 1949 pág. VI.

(25) Louis Salleron, «¿Quién paga los vidrios rotos de la inflación?», en *Verbo* 111-112, enero-febrero, 1972, págs. 153 y sigs.

que la consecuencia de la inflación persistente es un cambio de estructuras, en virtud del cual las nuevas destruyen: "Todas las que resultan de la *primacía* de persona, es decir, todas aquellas que sostienen y todo aquello que sostiene la *libertad personal* y la *propiedad personal*. Numerosos vocablos enumeran las múltiples estructuras así destruidas o, al menos, quebrantadas: familia, patrimonio, herencia, tradición, oficio, honor profesional, servicio del Estado en sus estructuras básicas: magistratura, ejército, grandes corporaciones", etc...

¿Cómo se valoran las reservas que Gustave Thibon (26) denomina "las lentas reservas dormidas", "la paciencia conservadora de los órganos profundos"? En especial, ¿cómo podremos saberlo, puesto que la tecnocracia coincide con el socialismo en no valorarlas si no es negativamente? "Allí donde están los pozos de la tradición, de la autoridad, de la experiencia, los pozos en que calladamente se reposta la caravana social, el socialismo no ve más que parásitos y obstáculos. *Confunde las reservas con la inutilidad*. Todo lo que conserva, tanto en el mundo de los cuerpos como en el de las almas, provoca su aversión" ... Por otra parte, la determinación estadística de la renta por habitante y de las opciones educativas, profesionales, judiciales ..., no son datos suficientes para medir la *justicia distributiva*.

Es así porque el primer problema de la *justicia social* es el de señalar cuáles son los límites que la *justicia distributiva* no debe sobrepasar en el ámbito, más comprensivo, de la *justicia general*.

La justicia no puede ser reflejada por una estadística que nos muestre promedios, puesto que para valorar la justicia distributiva ha de ser examinada individualmente la distribución en sus mínimos elementos personales y no tan sólo en términos medios; ni puede ser expresada en relaciones numéricas, sino en la apreciación de la cualidad, en términos de justicia y no de volumen. Inering (27) lo

(26) Gustave Thibon, «Diagnósticos de fisiología social», Madrid Ed. Nacional, 1958, «El espíritu de economía», pág. 29.

(27) Rudolf von Ihering, «La lucha por el Derecho», cap. III, cfr. ed. en castellano, Madrid, Libr. Gral. Victoriano Suárez, 1921, págs. 49 y sigs.

percibió del modo penetrante que caracteriza la visión de los grandes juristas. Por sí sola, la atenuación del sentimiento individual de la lucha contra la injusticia sufrida personalmente, es ya una regresión: "cualquiera que sea la causa de esa atenuación de carácter, por la que el amor a la comodidad lleva a no revivir la lucha por el derecho sino cuando el valor objetivo sea de tal naturaleza que aconseje resistencia". "Toda disposición arbitraria e injusta, emanada del poder público —añade más adelante— es un atentado contra el sentimiento legal de la nación, y por consecuencia contra su misma fuerza. Es un pecado contra la idea del derecho que recae sobre el Estado, el cual suele pagarlo con exceso, con usura..."

¿Qué adelantaremos, en el orden de la justicia, con aumentar la renta por habitante y las opciones educativas profesionales y económicas, si esos aumentos son obtenidos a costa de deteriorar las cualidades, sentimientos y sensibilidad personales?

6. La trayectoria de esa concepción ha sido movida por la orientación *operativa* de la ciencia. Esta ha ido surgiendo por un largo proceso iniciado en el siglo XIV y desarrollado en el siglo de las luces. En él podemos distinguir las siguientes fases:

a) Un cambio de perspectiva que deja de contemplar el mundo en su universalidad, como un orden dinámico ínsito en su creación, para observar únicamente la singularidad de las cosas y de sus fenómenos, empíricamente y sólo en el campo de las ciencias físicas (28);

b) Un cambio de situación del punto de vista desde el cual el hombre observa la naturaleza; ya no desde dentro por transparencia, como formando parte de la misma, sino desde fuera, colocándose la *res cogitans* como observadora de la *res extensa* a que es reducida la naturaleza (29).

(28) Cfr. Etienne Gilson, «La filosofía en la Edad Media», Madrid, Ed. Gredos, 1965, cap. IX, III, págs. 606 y sigs., y M. Villey, «La formation de la pensée juridique moderne (Cours d'Histoire de la Philosophie du Droit)», II, cap. III, A, 2.º, París, Ed. Montchretien, 1968, págs. 206 y sigs.

(29) Cfr. Marshall McLuhan, «The Gutenberg Galaxy», University of Toronto Press 1962, cfr. vers en francés de Jean Paré, «La galaxie Gutenberg»,

c) Una desintegración de espíritu y materia, con la cual la naturaleza es reducida a su aspecto material y bruto, sin alma ni inteligencia; y la inteligencia es desvitalizada, autoalimentándose a partir del *cogito ergo sum*, mientras la naturaleza queda mutilada de sus causas formales y finales, de las cualidades no mensurables y de los conjuntos humanos naturales, por lo que el hombre sólo es contemplado como ser aislado, ahistórico y abstracto (30).

d) Una modificación del mismo concepto de ciencia y de sus objetivos, concretados al empirismo experimental, y enfocado con una actitud no receptiva, pues sólo se trata de indagar aquello que operativamente interesa para crear un mundo artificial producto del pensamiento humano (31).

e) De ahí: el giro copernicano de Kant (32); el *Ego* de Fichte, que crea el mundo del sentido y del entendimiento en nuestras mentes y por nuestras mentes, como producto de las voluntades individuales que a su vez son absorbidas en la Una-Eterna-Voluntad Infinita del Estado; y, en fin, la consecuente afirmación de Marx de que ya no se trata de conocer el mundo, sino de cambiarlo (33).

Así, la *ciencia* política ha dejado de ser *theoria*, en su estricto sentido, para convertirse en una *poiesis* que, primero, fabrica mentalmente un modelo ideal y que, luego, estudia cómo operarlo y qué

Montreal, 1967, págs. 82, 130 y sigs., 137 y sigs., 191, 293 y sigs., 300 y 306 y sigs.; e Ives Simon, «La traducción de la ley natural», vers. en castellano, Madrid, Razón y Fe 1968, cap. 3, pág. 67.

(30) Cfr. Michel Villey, «Historique de la nature des choses», en Archives de Philosophie du Droit X, 1965, págs. 267 y sigs. y nuestro estudio «Perspectivas parciales y acción uniformante total», 10, en Verbo 143- 144, marzo-abril 1976, pág. 430.

(31) Cfr. Michel Villey, op. últ. cit., pars. V., *Juicio de conjunto*, pág. 579.

(32) Cf. Etienne Gilson, «El realismo metódico», IV; cf. ed. en castellano precedido de un estudio preliminar de Leopoldo Eulogio Palacios, Madrid, Rialp, 1952, págs. 138 y sigs., y «La unidad de la experiencia filosófica», cap. IX; ed. en castellano, Madrid, Rialp 1.960, págs. 269 y sigs.

(33) Cfr. Michele Federico Sciacca, «Estudios sobre filosofía moderna», IV parte, III; cfr. vers. en castellano, Barcelona, Ed. L. Miracle, 1966, páginas 350 y sigs.

técnicas deben emplearse para ello. Consecuentemente, el arte de la política se transforma en una *praxis*, guiada por aquella *poiesis*, que realiza una labor *racionalizadora* y *cuantificadora*, determinante de una nueva concepción de la acción política que se traduce en un *facere* estructural de una nueva sociedad e, incluso, de un hombre nuevo, conformes al modelo propuesto, y que inevitablemente produce:

— Una *operatividad* —*racionalizadora* y *cuantificadora*— del Estado respecto de la sociedad, que se extiende por todos los ámbitos y que tiende a conducirlo al *totalitarismo*.

— La *masificación* social, objeto de aquella operatividad dirigida a: la *homogeneización*, la *liberación de las viejas ataduras*, y a la *superación del estado de necesidad*.

Fruto de la sustitución de la metafísica por esa ciencia operativa, guiada por uno u otro idealismo —confesado o no—, es la aplicación de la técnica al arte de la política, como conjunto de procedimientos y recursos que determina una nueva concepción de la propia acción política, convertida en técnica *racionalizadora* y *cuantificadora* para realizar el modelo de sociedad propuesto.

El Estado se convierte en “un artefacto instrumental”, en “un vasto y complejo mecanismo utilitario”, que *desdiena* a los individuos de sus vínculos naturales, los *uniformiza*, convirtiéndolos en *administradores* y en *asegurados sociales*, y nos va conduciendo a un *nuevo totalitarismo*, entrevisto hace un siglo por Tocqueville (34),

(34) Alexis de Tocqueville, «De la démocratie en Amérique», Lib. III, cap., VI; cfr. ed. bajo la dirección de Jr. P. Mayer, con introducción de Harold J. Laski, París, Gallimard 1961, págs. 324 y sigs.: «veo una muchedumbre innumerable de hombres parecidos e iguales que giran sin reposo sobre ellos mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres con los que llenan su alma ...

»Por encima de ellos se eleva un poder inmenso y tutelar, que se encarga, él sólo, de asegurar sus goces y velar por su suerte. Es absoluto, detallado, regular, previsor y dulce. Se parecería a la potestad paterna si, como ésta, tuviera por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero no procura, por el contrario, más que fijarlos irrevocablemente en la infancia; quiere que los ciudadanos disfruten con tal de que no piensen sino en disfrutar. Trabaja de buen grado para su bienestar; pero quiere ser el último agente y

profetizado por Adolf Huxley y descrito en el actual *modelo sueco* por Roland Huntford (35), en una sociedad de masas vislumbrada por Ortega y Gasset (36).

Esa *praxis* racionalizadora operada mediante la cuantificación produce en el Estado el surgimiento de una nueva clase: la tecnocracia, capaz de utilizar los mejores adelantos técnicos para planificar centralmente todas las actividades sociales, y que supone una concepción ideológica del mundo que admite la mecanización dirigida centralmente por unos cerebros capaces de impulsarla del modo más eficaz; lo que realizan:

- preparando la *conciencia colectiva*, y
- *desmontando la realidad*, pieza por pieza, para *reconstruirla conforme al modelo prefabricado*.

7. Así se concreta toda la racionalización humana en las mentes de los directores y su operatividad en la voluntad de los gobernantes, situados en las palancas de mando del Estado o de los organismos multinacionales o internacionales.

Nos hallamos ante una consecuencia, ya sea de la negación de la participación, o bien de esa falsa concepción enunciada.

el solo árbitro, provee a su seguridad, prevé y asegura sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, regula sus sucesiones, divide sus herencias, ¡Por qué no podría evitarles por completo el trastorno de pensar y el esfuerzo de vivir!

»Después» ... «el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera; le cubre la superficie con una red de pequeñas reglas, complicadas, minuciosas y uniformes a través de las cuales los talentos más originales y las almas más vigorosas no podrán hallar la claridad para sobrepasar la muchedumbre; no les rompe las voluntades, pero se las reblandece, las pliega y las dirige; obliga rara vez a obrar, pero se opone sin cesar a que se actúe, no destruye nada, estorba, comprime, enerva, apaga, atenta, reduce, en fin, cada nación, a no ser más que un rebaño de animales tímidos e industriosos, de los que el gobierno es su pastor.»

(35) Roland Huntford, «Le nouveau totalitarisme», cit. cap. XV, págs. 241 y sigs.

(36) José Ortega y Gasset, «La rebelión de las masas», 14ª ed. española, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1954, cap. XIII, págs. 105 y sigs.

El axioma de la racionalidad del Estado altamente centralizado, dimanante del mito de "una voluntad general", con la cual identifica su voluntad propia de un modo casi místico, ha tenido y tiene consecuencias de extraordinaria trascendencia. Y, sin embargo, como ha notado Yves R. Simon (37): "El ideal de emanciparse de las viejas ataduras y el no menos cierto propósito de formar un Estado altamente centralizado y racional, fueron proporcionados, de hecho, por la voluntad general"; y una y otra idea han pasado a ser también axiomas, siendo así que proceden de modo más psicológico que lógico de un mito —el "contrato social"— que se usó como primera premisa absoluta, es decir, como postulado, pese a lo irreal que históricamente ha sido y lo falso que es.

Lo cierto es que racionalidad del Estado, a través de la estaticación de la razón, no significa en modo alguno el triunfo de la razón sobre la sinrazón, sino el imperio de la razón de unos pocos, situados en la cumbre, sobre la razón de todos los demás, aunque éstos se contenten en desenvolverla cada uno en su sitio y aquéllos quieran abarcarlo todo e imponer la suya a todos.

Hoy, cuando se habla como nunca de la participación de todos, más que nunca resulta que todo se programa e impone desde lo alto: la educación, el trabajo, la economía, la política.

Ocurre que no se permite participar con iniciativa y responsabilidad en muchas materias de la esfera de la propia competencia, porque se estima que la razón de quienes ocupan la cumbre asume la racionalidad de todo. Pero, ¡con tal de que los depositarios de esta "racionalidad" hayan sido elegidos, se estima que todo —incluidas la libertad y la democracia— queda salvado! Así, la "participación" preconizada se reduce a escoger, o mejor dicho a votar para que por mayoría se decida —olvidando que las razones se pesan pero no se cuentan— quiénes serán los que con su razón deberán evitarnos incluso nuestro esfuerzo de pensar, como profetizó Tocqueville (38).

(37) Yves R. Simon, op. cit., cap. 4, pág. 99.

(38) Tocqueville, loc. cit., *supra* nota 34.

Según Hegel (39), la "racionalidad" del Estado —por lo menos la del Estado prusiano, en el cual esperaba que llegase a encarnar la Idea triunfante— resulta indiscutible. No es de extrañar, puesto que, para él, "todo lo real es racional"; todo lo que se impone, aunque sea por la fuerza, es racional. Pero así, esa "razón", según ha observado Sciacca (40), viene a ser también, como se dijo de la "Unidad indiferenciada" de Schellin, la "noche negra donde todas las vacas son negras". Todo se hunde en la Razón, todo es reabsorbido por ella y todo se pierde en ella. Todo es racional, todo es "verdad y bien, por el sólo hecho de haber ocurrido". Con lo cual, "realmente, pierde todo sentido la razón de la racionalidad triunfante"...

8. Sin embargo, la tecnocracia se apoya, entre otros falsos axiomas, en este de la racionalidad del Estado altamente centralizado y en el de que "la homogeneización es progreso y liberación de las viejas ataduras" ... ¡cuando en el cuerpo humano la homogeneización no es sino producto cancerígeno o signo de muerte y corrupción de la carne! y, en el universo ¡sería regreso al caos! como supo mostrar gráficamente Giovanni Papini (41).

En todas estas falacias, sin embargo, se halla el fundamento de la actual tecnocracia, en todas sus variantes y tanto cuando sus representantes se autodenominan tecnócratas como si lo ocultan por la razón que sea. Por eso, de su obra no pueden dimanar sino, igualmente, las nefastas consecuencias finales a las que arrastra todo cuanto no se asienta en lo verdadero ...

La urgencia de esta alarma fué ya percibida en sus Memorias por quien fue Presidente de la República francesa, Georges Pompidou,

(39) Hegel, «Principios de la Filosofía del Derecho», §§ 257, 258, 259 y 341 y sigs.; cfr. ed., en francés, París, Gallimard, 1949, págs. 190, 191, 194 y sigs., y 256 y sigs.

(40) M. F. Sciacca «Reflexiones "inactuales" sobre el historicismo hegeliano», Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975, pág. 17.

(41) Giovanni Papini, «Palabras y sangre. El tráfico cotidiano», cfr. versión en castellano de Mario Verdaguer, 2.ª ed., Barcelona, 1938, págs. 219 y sigs.

publicadas póstumamente en el título de EL NUDO GORDIANO (42): "el hombre se encuentra dotado, a causa de los descubrimientos científicos, de un poder de acción, sobre los elementos, ciertamente, pero también sobre el hombre; poder absolutamente nuevo y desmesurado. El sabio, el ingeniero, el tecnócrata, disponen de medios colosales. Esos medios, en lo esencial, se concentran en las manos de un Estado y en una administración que encuadran a los individuos, los colocan en fichas perforadas, los designarán mañana por un número, determinando la progresión del nivel de vida, las actividades deseables y su reparto geográfico, tomando a su cargo la educación, la instrucción, la formación profesional, muy pronto el deber y el derecho a la procreación, y la duración del trabajo y del ocio, la edad del retiro, las condiciones de la vejez, el tratamiento de las enfermedades". Así "en el mismo momento en que el individuo se siente libre y se libera de las obligaciones y represiones tradicionales, se construye una máquina técnico-científica monstruosa, que puede reducir a la esclavitud a ese mismo individuo, o destruirlo de la noche a la mañana. Todo depende de los que tengan las palancas del mando".

"Que nadie acaricie la ilusión del control. Una vez al volante del coche, nadie puede impedir al conductor el que apriete el acelerador y que dirija el vehículo hacia donde quiera."

El remedio lo vislumbra Pompidou en otra dirección, por otro camino; "se necesitan instituciones, instituciones que aseguren, en todas las etapas de la vida, en todos los escalones de la sociedad, en todos los marcos en que se inserta la vida individual —familia, profesión, provincia, patria—, el máximo de agilidad y de libertad. Y ello con el fin de limitar los poderes del Estado, de no dejarle más que lo es de su propia responsabilidad, que en nuestros días ya es inmensa; de dejar a los ciudadanos la gestión de sus propios asuntos, de su vida personal, la organización de su felicidad tal y como

(42) Georges Pompidou, «El nudo gordiano», cap. final; cfr. vers. en castellano, Madrid, Sociedad Hispanoamericana de Ediciones y Distribución, S.A., 1975, págs. 158 y sigs.

ellos la conciben, con el fin de escapar a esa funesta inclinación que, bajo pretexto de solidaridad, conduce derechamente al rebaño”.

Y termina patéticamente: “El peligro no es ilusorio”. Sin embargo, aún espera: “Hemos llegado a un punto extremo en que hará falta, no lo dudamos, poner fin a las especulaciones y volver a crear un orden social. Alguien cortará el nudo gordiano.”

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

QUE SOMOS Y CUAL ES NUESTRA TAREA

I. Qué somos:

1. Por nuestra fe.—2. Por nuestra específica labor de «caridad política».—3. Por nuestras convicciones naturales.

II. Cuál es nuestra tarea:

- a) Formación de unas élites.
- b) Acción cultural.

22 págs.

28 ptas.